

**De plaza pueblerina a símbolo vivo de una nueva ciudad:
la Plaza San Martín, 1980-1997***

Raúl Silva
Pontificia Universidad Católica del Perú

Palabras clave: Plaza San Martín, oficios callejeros, ambulantes, Centro Histórico, política municipal, ciudad de Lima, espacios públicos

Resumen:

La Plaza San Martín es uno de los principales espacios públicos de la ciudad de Lima. Su importancia radica no solo en su ubicación de centro de irradiación en el trazado moderno de la ciudad, sino también por su alto valor simbólico, tanto en el ámbito cívico como en el cultural y arquitectónico. Sin embargo, durante las dos últimas décadas del siglo XX, concitó la atención de la opinión pública y de las autoridades ediles debido a su precaria situación. La basura, el caos vehicular, la delincuencia, la prostitución y un sinnúmero de personajes callejeros la transformaron en todo lo contrario de lo que significó para los sectores medios y altos de la sociedad. El presente artículo desarrolla la evolución de estos años de crisis hasta su recuperación en 1997 por el Municipio, prestando atención a los personajes callejeros que hicieron de esta plaza su espacio de trabajo.

Introducción

Inaugurada en 1921 como parte de las celebraciones del Centenario de la Independencia, la Plaza San Martín se constituyó con los años en uno de los espacios públicos más significativos de Lima. Considerada como la segunda plaza más importante de la ciudad después de la Plaza de Armas, su intrínseco valor arquitectónico se vio acrecentado por la presencia de importantes edificios en su periferia, tales como la sede del Club Nacional, el Gran Hotel Bolívar, los cines San Martín y Metro o los portales Zela y Pumacahua, lo que en conjunto le confirió el carácter representativo de la modernidad urbana que se experimentó en Lima durante los años del Oncenio de Leguía. De igual manera, la presencia de cafés, bares y clubes nocturnos terminaron por darle un aire bohemio y cosmopolita que se fue consolidando durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Sin embargo, el aura de la Plaza San Martín fue desapareciendo con el correr de las décadas y para 1980 había terminado convirtiéndose, según un importante sector de la opinión pública, en el retrato más notorio de la degradación general en que se encontraba sumergida toda la ciudad.

La presente investigación tiene tres objetivos: 1) analizar los diferentes discursos elaborados por la prensa limeña y la autoridad municipal acerca de la Plaza San Martín; 2) describir someramente la variada presencia callejera que hizo de la Plaza San Martín su lugar de trabajo; y 3) detallar algunos de los planes del Municipio de Lima en su intento de recuperación de este espacio público.

En cuanto al marco de estudio, la investigación comprende el período transcurrido entre 1980 y 1997, es decir, los años de aguda crisis (década de 1980 y primera mitad de la década siguiente) y de rápida recuperación urbana (desde 1996) por los que atravesó el Centro de Lima. Precisamente, uno de los primeros actos que simbolizaron esta transformación urbana fue la reinauguración que hizo el alcalde de entonces, Alberto Andrade Carmona, de la Plaza San Martín en mayo de 1997, a la que describió como un *ejemplo vivo* de su plan de recuperación del Centro Histórico. Sin embargo, he considerado necesario, para una mejor comprensión de lo que significó este proceso de *caída* y *redención*, tal como lo presentó la prensa y las autoridades municipales, dedicar algunas páginas a la historia arquitectónica y social de la Plaza San Martín, desde su inauguración en 1921 hasta sus años de esplendor en la década de 1950. Fue precisamente el recuerdo de estas décadas el que generó un marcado contraste en el imaginario colectivo de un sector de la población al comparar su ostentoso pasado con la condición deplorable en que se hallaba.

Esta investigación surgió como consecuencia de la labor que desempeñé como asistente del área de investigación histórica del proyecto Los rostros de la calle. Tácticas y supervivencia de nuevos actores sociales en el mundo urbano (Lima, 1980-2005), a cargo de los historiadores Jesús Cosamalón, Martín Monsalve y José Ragas y que fuera financiado por la Dirección Académica de Investigación (DAI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú. En este proyecto, tuve la tarea de recabar información periodística acerca de los diversos oficios que se desarrollaron en las calles del Centro de Lima entre los años de 1980 y 2000. A partir de la información que recopilé, se hizo evidente que entre los numerosos espacios públicos que estaban ocupados por una multitud de trabajadores callejeros, era la Plaza San Martín la que generaba las protestas más airadas, tanto en los medios escritos como de parte de las autoridades ediles. ¿Por qué esta plaza producía tal reacción cuando su situación no era muy diferente de la del resto de la ciudad?, ¿por qué se la consideró como el lugar representativo de la crisis general en que se encontraba sumergida toda Lima cuando podían existir lugares aún más sucios y con mayor presencia ambulatoria y delincencial? Estas fueron las preguntas clave que dieron inicio a mis pesquisas.

Las fuentes históricas utilizadas para este artículo están constituidas fundamentalmente por textos periodísticos extraídos de la prensa limeña, específicamente de los siguientes diarios: *La República* y *El Diario de Marka*, ambos identificados con la izquierda peruana, *El Comercio*, *Expreso* y *Correo*, pertenecientes más bien a la opción

política opuesta, y el sensacionalista *Extra*. La selección de estos medios tenía una razón: observar qué tan diferente puede resultar el retrato de la ciudad y sus habitantes a partir de posiciones ideológicas opuestas. Lo interesante es que no resultaron necesariamente disímiles al imaginar las calles de Lima. Por otra parte, es necesario aclarar que los ejemplares revisados solo corresponden a 1980, 1983, 1986, 1989, 1992-1993 y 1995, es decir, a los años en que se desarrollaron elecciones municipales. Esta selección cronológica se debió a lo apropiado que resultaron estas coyunturas electorales para observar aquellos aspectos de la realidad urbana y social de Lima considerados como problemáticos, y que la prensa escrita se preocupó de poner en relieve.

Finalmente, considero necesario aclarar que esta investigación aborda solo el proceso urbano y social que experimentó la Plaza San Martín como espacio neurálgico de la ciudad durante los años señalados sin incluir su significativa función política, es decir, como lugar de concentraciones partidarias (mítines) o como escenario de reivindicaciones sociales (parte del circuito de las marchas), función que tanto ha repercutido en el imaginario ciudadano. Sin embargo, he considerado posible abstraerme de este carácter político debido a que no lo encuentro inevitable para comprender los aspectos urbanos y sociales que se abordan. Por otra parte, esta primera aproximación a la Plaza San Martín resulta un estudio parcial en la medida en que es parte de uno mayor que busca incluir otros dos escenarios importantes de la ciudad: la Plaza Dos de Mayo y el Parque Universitario. La intención es desarrollar un trabajo integral que incluya estos tres espacios, ya que al estar interconectados por la avenida Nicolás de Piérola, conforman un eje medular que atraviesa Lima. Se trata, pues, de incluir a la Plaza San Martín como parte de un todo mayor. Este será el propósito de un trabajo posterior.

I. Las celebraciones del Centenario

En 1919, poco después de asumir el poder, Augusto B. Leguía nombraba una comisión encargada de la ejecución de las obras para la construcción de la plaza que sería erigida en homenaje al libertador don José de San Martín.¹ La razón inmediata de esta decisión era la próxima celebración de los primeros cien años transcurridos desde la proclamación de la Independencia. Sin embargo, la comisión tuvo que enfrentar una serie de problemas técnicos para llevar a cabo su trabajo. El primero fue el desnivel del suelo existente entre las cuatro calles que conformaban los lados del terreno cuadrado (12.300 m²) donde iría la plaza. El segundo era la falta de obreros especializados en el labrado de granito, piedra con la que se elaborarían el pavimento, los muros y zócalos de la plaza. Lo primero se solucionó

construyéndose graderías, mientras que la segunda dificultad fue enmendada con picapedreros traídos desde La Paz (Bolivia) y Arequipa. La dificultad que significaba la ausencia de una industria nacional del mármol también fue superada por medio del estímulo de esta actividad, primero con capitales privados y luego con la directa participación estatal. Solo así se pudieron convertir las más de mil toneladas de mármol de Carrara, importadas desde Italia, en las monumentales bancas y otros elementos ornamentales que luciría la plaza. Sin embargo, la novedad de los materiales utilizados (granito y mármol) hizo que los trabajos se hicieran lentos y de costosa ejecución (Leguía, 2007 [1935]: 63; Municipalidad de Lima, 1997: 18-19). Por otra parte, se realizaron importantes modificaciones con respecto al diseño inicial.² Así, por ejemplo, solo se erigieron dos de las cuatro fuentes circulares originales, ambas empotradas en los ángulos del lado este de la plaza, en tanto que los proyectados jardines sevillanos, compuestos de diversas flores, árboles y arbustos, fueron reemplazados por un sencillo césped inglés (Municipalidad de Lima, 1997: 19).³

En cuanto al monumento del Libertador, fue creación del escultor español Mariano Benlliure. La escultura, terminada en España en 1909, representa a San Martín cruzando los Andes sobre su caballo, rumbo a la liberación de Chile y del Perú. Fue erigida sobre una pirámide trunca de granito, a una altura de dieciséis metros, y está acompañada de otras formas escultóricas que representan la unidad fraterna entre las naciones del Perú y Argentina, así como algunos momentos claves del proceso de la independencia nacional (Leguía, 2007 [1935]: 64; Ludeña, 2003: 226; Municipalidad de Lima, 1997: 20). Sin embargo, la obra de Benlliure fue criticada por diversas personalidades, entre ellas Teófilo Castillo, quien, por el contrario, alabó el diseño del escultor peruano Carlos Bacaflor.⁴

Finalmente, el 27 de julio de 1921, Leguía inauguraba la Plaza San Martín como acto inicial de las celebraciones por el Centenario de la Independencia. Para la ocasión se habían dado cita embajadas y legaciones diplomáticas procedentes de veintinueve diferentes países, entre ellos los representantes de la Santa Sede, del Rey de España y de Argentina, además de un nutrido público (Municipalidad de Lima, 1997: 20).⁵ Leguía, quien llegó poco después del mediodía en su carroza de gala, pronunció un discurso que finalizó con una exhortación a conservar el monumento “como una reliquia amable y amada del más puro americanismo del sur” (Municipalidad de Lima 1997: 21). Luego procedió a retirar el velo que cubría la estatua del Libertador. El acto fue saludado con una salva de veintiún cañonazos y el repique de campanas de las iglesias de la ciudad, mientras en el Callao sonaban las sirenas del puerto. Después se procedió al desfile de las tropas acantonadas en la plaza, que, por ese día, estuvieron bajo el mando del general argentino Carlos I. Martínez. Los primeros en marchar fueron los militares argentinos especialmente invitados,

los Granaderos a caballo de San Martín, luego siguieron las delegaciones extranjeras, los alumnos de la Escuela Naval y la Escuela Militar de Chorrillos, y soldados de las tres armas peruanas. Finalmente, tres horas después de haberse iniciado, concluía este acto inaugural (Municipalidad de Lima, 1997: 21; Basadre, 2005 [1939]: 68).

II. Tradición, modernidad y bohemia

Si bien la inauguración de la Plaza San Martín fue parte de las celebraciones del Centenario de la Independencia, su edificación debe contextualizarse en el proceso de modernización urbana que emprendió el presidente Leguía en Lima. En efecto, fueron las celebraciones de 1921 y de 1924 (año en que se conmemoró el Centenario de la Batalla de Ayacucho) las ocasiones que aprovechó este mandatario para edificar avenidas, plazas, parques y edificios públicos e institucionales, así como para restaurar iglesias, conventos y monumentos antiguos.⁶ En este sentido, la construcción de la Plaza San Martín iba más allá de su función de sede principal para las conmemoraciones patrióticas, ya que además tenía el propósito de constituirse en ejemplo visible del progreso y la rápida modernización que estaba emprendiendo el nuevo régimen de la Patria Nueva. Así, visualmente, esta plaza proyectaría una modernidad urbana a partir de sus rasgos externos, tales como las luces del teatro y los cines, la circulación de los automóviles y tranvías, así como por la presencia de una población “ávida de modernidad” (Ludeña, 2003: 227).

Pero este ambiente “moderno” también estaría presente en la composición misma de la plaza. La designación del arquitecto español Manuel Piqueras Cotoí como encargado de su diseño definitivo, en reemplazo de Ricardo Malachowski, quien fuera elegido por el Municipio con este mismo propósito el año anterior, significaría el interés del presidente Leguía de dar por concluido con las formas neobarrocas afrancesadas que habían caracterizado los diseños arquitectónicos de la República Aristocrática.⁷ De ahí que se afirme que el proyecto de la Plaza San Martín de Piqueras rompía, por ejemplo, con los rasgos coloniales tradicionales de las plazas de ocho campos romboides o triangulares en torno a una fuente de agua. Por el contrario, la novedad de los materiales utilizados (mármol, granito, bronce), la carga ornamental y el uso de luz eléctrica marcarían un contraste con lo que había sido hasta entonces el diseño urbano de la ciudad (Ludeña, 2003: 226, 232).⁸ Detrás de este esfuerzo material, que para algunos significó un gasto exagerado, habría un interés político: demostrar explícitamente que los tiempos de dominio político oligárquico habían llegado a su fin con Leguía (Ludeña, 2003: 227; Leguía, 2007 [1935]: 64).⁹

Sin embargo, para su estreno de 1921, la Plaza San Martín aún se encontraba inconclusa, del mismo modo que todavía eran inexistentes la mayoría de los importantes edificios que posteriormente la rodearían, a excepción del Teatro Colón y del edificio Giacoletti, ambos en el jirón Quilca (Ludeña, 2003: 230).¹⁰ Durante la ceremonia de inauguración de la plaza, el vacío de las inmediaciones tuvo que ser simulado con banderolas y edificaciones efímeras de cartón y madera.¹¹ No obstante, las autoridades ya habían proyectado la construcción de edificios modernos que fueran representativos de la ciudad.¹²

La primera de estas edificaciones sería el Gran Hotel Bolívar, inaugurado en 1924, en vísperas de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho.¹³ El hotel fue construido por el Sindicato Wiese en un tiempo récord de seis meses, debido a la urgencia de que Lima contara, a diferencia de lo sucedido en 1921, con un hospedaje apropiado para las treinta embajadas extranjeras que llegarían al país con motivo de las festividades.¹⁴ El nuevo hotel fue diseñado por el arquitecto Rafael Marquina, quien combinó el estilo colonial (fachada principal que da a la Plaza San Martín) con el americano moderno (parte lateral que da a la avenida Nicolás de Piérola) (Municipalidad de Lima, 1997).

En 1924 también se inauguró la nueva sede del Club Nacional, la sociedad más cerrada y selectiva que existía en ese entonces en el Perú (Águila, 1997: 74). El edificio, diseñado por Ricardo Malachowski y Enrique Bianchi, se caracterizó por su elegancia y exclusividad. En sus salones, sus socios discutían de negocios y política o de cuestiones sociales y literarias, mientras que, desde las ventanas, podían observar el transcurrir cotidiano de la Plaza. Por otra parte, la llegada de los socios al local se convirtió en un curioso espectáculo para el público limeño, el mismo que se apiñaba en los alrededores para verlos ingresar (Municipalidad de Lima, 1997: 25; Ludeña, 2003: 241, n. 45).

El año 1926 se elaboraron los diseños de los portales que se construirían en las calles de San Cristóbal del Tren y Faltriquera del Diablo. Estas edificaciones serían costeadas por los propietarios de los establecimientos ubicados en las referidas calles. En 1933, los portales recibieron los nombres de Pumacahua y Antonio de Zela, respectivamente, cuando se colocaron placas conmemorativas en homenaje a ambos precursores de la Independencia. Sin embargo, las construcciones, a cargo de Rafael Marquina, solo concluirían en 1940 (Municipalidad de Lima, 1997: 26-27; Ludeña, 2003: 241, n. 45).

La modernidad también se asoció con la Plaza San Martín a través de la presencia de dos importantes cinemas aledaños: el Cine Teatro San Martín (hoy Cine Plaza) y el Cine Metro.¹⁵ El primero se inauguró en 1925 y pertenecía a la Empresa Cinematográfica Mundial. Estuvo ubicado en el Jirón Ocoña y su fachada, de estilo neocolonial, fue diseñada por el arquitecto Emilio Hart-Terré. Tenía capacidad para mil personas y se hizo conocido por la comodidad de sus instalaciones y la calidad de sus películas. En cuanto al Cine Metro, fue inaugurado en 1936 y se constituyó en el cine más importante de la ciudad por la elegancia de sus instalaciones, y en el favorito de la elite limeña (Municipalidad de Lima, 1997: 26). Su construcción fue resultado de las intenciones de la Metro Goldwyn Mayer de unir su negocio de distribución con el de la exhibición de películas en América Latina (Bedoya, 1999: 84).

La ubicación estratégica de la Plaza San Martín permitía que desde allí se pudiera acceder a otros espacios públicos importantes de la ciudad y viceversa: a través del conocido Jirón de la Unión se podía llegar a la Plaza de Armas; por medio de la avenida La Colmena (Nicolás de Piérola) se alcanzaba la Plaza Dos de Mayo (Oeste) o el Parque Universitario (Este); mientras que tan solo dos cuadras (una del jirón Quilca y otra de la calle Camaná) la separaban de la Plaza Francia. La importancia del Parque Universitario y de la Plaza Francia se encontraba en que eran áreas asociadas con la actividad universitaria, ya que en las inmediaciones del primero se encontraba la Casona de San Marcos y en las de la segunda la Universidad Católica. Precisamente la existencia de cafés, fuentes de soda, bares, restaurantes y, en particular, de la famosa librería Plaisir de France (especialista en literatura y música francesas, además de instrumental artístico) hizo que fuera casi permanente la presencia de la juventud universitaria en la plaza (Municipalidad de Lima, 1997: 23, 37). Este ambiente intelectual se veía reforzado por la asistencia de conocidos personajes asociados a las artes y las letras, y pertenecientes a diferentes generaciones, tales como los periodistas Francisco Igartua, Alfonso Grados Bertorini y Doris Gibson; los escritores Juan Ríos, Federico More, Salazar Bondy y Martín Adán; o los pintores Ricardo Grau, Sérvulo Gutiérrez, Fernando de Szyszlo y Víctor Humareda, entre otros (Municipalidad de Lima, 1997: 34-39).

Mientras que la bohemia intelectual se concentraba especialmente en los bares tradicionales El Romano, Zela, Chez Victor o en el moderno Negro-Negro, *boîte* de estilo parisino y la primera de su género, los sectores más acomodados de la sociedad limeña preferían asistir al Bar Inglés o al Grill Bolívar, ambos locales exclusivos del Gran Hotel Bolívar. La *boîte* Embassy se hizo también famosa por sus espectáculos internacionales, los cuales entraban en competencia con los del Grill. Por muchos años fue el lugar de moda de

la ciudad, aunque la posterior presencia de otras *boîtes*, como El Pingüino, El Zombie o El Copacabana, iría mermando la calidad de sus funciones (Municipalidad de Lima, 1997: 31-33, 39-41).

De este modo, la Plaza San Martín se caracterizó por ser un espacio público con un variado valor simbólico. Por un lado, constituía un sitio de profundo valor cívico y patriótico: era el monumento más importante erigido en honor a quien proclamó la Independencia del Perú. Por otro lado, era uno de los sitios más representativos de la modernidad urbana y de la belleza arquitectónica de la ciudad. Pero además fue valorada por ser punto de encuentro intelectual, de bohemia y diversión nocturna para las clases altas y medias de la población limeña. Fue entre los años de 1940 y 1960 en que la plaza alcanzó su mayor esplendor para luego comenzar a decaer progresivamente, primero a lo largo de la década de 1970 y luego, abruptamente, a partir de 1980. Su conversión en una *feria pueblerina* o en *circo popular*, entre otros calificativos otorgados por la prensa de los años ochenta, fue resultado de mayores transformaciones que afectaron a toda la ciudad capital. La Plaza San Martín se convirtió entonces en lugar representativo de estos cambios sociales y económicos que sucedieron en Lima durante las dos últimas décadas del siglo XX.

III. Los años de la crisis

En las páginas de la prensa limeña de los años ochenta es recurrente encontrar una columna dedicada a la descripción de algún aspecto de la vida urbana de Lima. En algunos casos, estas columnas se caracterizaron por un estilo narrativo que fluía entre lo cómico y lo dramático, describiendo minuciosamente un ambiente que resultaba poco o totalmente desconocido tanto para el cronista como para sus lectores. Se tratan de relatos escritos desde el punto de vista de un explorador que se “sumerge en una jungla”, caótica, bulliciosa y hacinada durante el día, o marginal, peligrosa e inmoral por las noches. En otros casos, por el contrario, el escritor asume un estilo más bien sobrio, de tipo condenatorio y exhortativo frente a lo que consideraba como una situación degradante. Sin embargo, en ambos lo que se puede advertir es un sentido general de extrañamiento frente a una realidad urbana que no resulta ser ya la de antes. De ahí que es posible considerar que las aceleradas transformaciones sociales y económicas que vivió Lima por aquellos años pudieron haber generado una nueva actitud frente a *lo desconocido*, una que ponía más énfasis en el contraste entre lo que había sido *antes* la ciudad y en lo que se había convertido *ahora*.

Durante los años ochenta y la primera mitad de la década siguiente, la percepción general en la población era que Lima se encontraba inmersa en la más profunda crisis de su historia. Esta situación era caracterizada por la presencia de diferentes problemas que, con el correr de los días, parecían agudizarse más. Al finalizar el año de 1980, los recién elegidos alcaldes y concejales de Lima Metropolitana recibieron un informe técnico de la situación crítica por la que estaba atravesando la ciudad. De todos ellos, el desbordante crecimiento demográfico era visto como uno de los más preocupantes. Se calculó que Lima crecía a un ritmo de 600 nuevos limeños por día, de los cuales la mitad eran inmigrantes provincianos, y se proyectaba una población de 14.400.000 habitantes para el año 2000. A continuación le seguían los problemas de disminución de áreas verdes, problemas de vivienda y de servicios básicos, así como el crecimiento inorgánico de los pueblos jóvenes con su millón y medio de habitantes (“Lima, una ciudad sumida...”, 1980). En los siguientes años, los problemas de Lima se hicieron aún mayores: aumento del desempleo, olas epidémicas de tifoidea y cólera, constantes racionamientos de agua y energía eléctrica, deficiente servicio de la limpieza pública y agudización del caos vehicular. A ello se sumaron la contaminación ambiental de las fábricas, la aglomeración del comercio ambulatorio en calles, parques y avenidas, la tugurización del casco antiguo de la ciudad y una creciente inseguridad ciudadana provocada tanto por la violencia política como por la delincuencia común. En vísperas de las elecciones municipales de 1995 se consideraba que Lima no podía estar peor.¹⁶

a. ¡La plaza está tomada!

Si Lima fue descrita como una ciudad al borde del colapso, la Plaza San Martín fue presentada por la prensa como el lugar donde se podía observar, en su completa amplitud, todos los males que aquejaban a los limeños. El caos vehicular, el comercio ambulatorio, la contaminación del *smog* y la acumulación de basura, así como la desbordante presencia provinciana, el desempleo, la prostitución y la delincuencia eran parte del paisaje cotidiano de la plaza. Era como si toda la “intimidación de los limeños” —como afirmaba Julio Herrera, periodista de *El Diario de Marka*— se mostrara con total desfachatez ante la mirada de todos: “así somos, así estamos, mirémonos en el espejo metropolitano” (Herrera, 1980: 12).

Efectivamente, durante estos años, la Plaza San Martín se convirtió en el espacio representativo de la decadencia física en que se encontraba sumergida toda la ciudad de Lima. El grave deterioro arquitectónico de la plaza y de los edificios circundantes se hacía visible por doquier: en el mármol y fachadas ennegrecidos por el hollín, en los montículos de

basura acumulados en las esquinas, en el piso polvoriento de indefinido color, en la suciedad de las aguas de sus fuentes, así como en los lemas partidarios pintarrajeados en el pedestal del monumento y en los avisos de partidos políticos colgados desde las azoteas circundantes (Jiménez, 1980: 2; Estremadoyro, 1980: 2).

Tan descuidada se halla [la Plaza San Martín] que su belleza primigenia —orgullo de la capital de la República— está poco menos que empañada. La falta de civismo, de amor a los auténticos valores urbanos, de reconocimiento a lo que esa plaza simboliza para el Perú —entiéndase: no solo para Lima— se ha confabulado para ultrajarla de la manera más vil que pueda imaginarse (Jiménez, 1980: 2).

Pero además, los medios escritos también denunciaron —como un elemento más de su decadencia— la presencia de diversos personajes callejeros, los cuales habían literalmente tomado por asalto la Plaza San Martín. En efecto, debido a su condición de punto de confluencia peatonal y vehicular, así como por las características de su diseño (cuatro grandes espacios entorno a la estatua del Libertador), este lugar se había convertido en escenario adecuado para el desarrollo de un sinnúmero de oficios realizados en plena vía pública. Esto no solo agravaba su deterioro físico, sino que degradaba aún más su valor simbólico como espacio “decente” de la ciudad:

Hoy, [la Plaza San Martín está] lamentablemente convertida en una especie de Corte de los Milagros donde se dan cita vendedores ambulantes, fakires, jugadores de fútbol y lustrabotas, oficia también de mingitorio y playa de estacionamiento [...] Por cierto, pues, su imagen actual es muy distinta a la que tenía en los días espléndidos del Palace Concert o de la Casa de Cartón, reminiscencias de otras épocas que traen a la memoria los nombres de José María Eguren, Abraham Valdelomar y otros intelectuales (Del Castillo, 1980: 2).

Si la Plaza San Martín fue antes un lugar de encuentro para intelectuales y artistas (aunque imposible para Valdelomar, pues murió en 1919), ahora se había convertido en sitio de concentración para una muchedumbre de personajes grotescos, entre cómicos, lustrabotas, canillitas, vagos, mendigos, *hippies*, fotógrafos, ambulantes, etc., así como de curiosos y pasantes:

La Plaza San Martín —joya admirada por propios y extraños— ha sido convertida en vulgar escenario de feria pueblerina. En el entorno del bello pedestal se arremolinan curiosos de todo jaez para presenciar “payasadas”, y no otra cosa, de imitadores sin ingenio de mimos y bufos, grotescamente vestidos y no menos grotescamente pintados. Ahí están vendedores ambulantes —los inefables ambulantes— que todo lo ensucian y que de todo hacen escarnio sin importarles nada ni nadie; ahí, los lustrabotas, desgreñados, faltos de limpieza, pregonando por todas partes los colores del betún que emplean en su trabajo; ahí, también los “canillitas”, los que venden números de lotería; los vagos, mendigos, “hippies” y hasta fotógrafos improvisados [...] Lo descrito corresponde a las horas del día, especialmente a las últimas horas de la tarde. Por la noche, el espectáculo adquiere perfiles realmente repudiables. Es el momento en que se acumulan los vendedores de comida

preparada y de toda suerte de golosinas. Bien se comprenderá lo que esto significa dada la incultura de la gente congregada. Hay sectores en que los desperdicios se amontonan de tal manera que se tiene la impresión de haberse trasladado a las inmediaciones del mercado mayorista —prototipo del desaseo— o a un lugar donde se arroja la basura (Jiménez, 1980: 2).

En conclusión, la Plaza San Martín había perdido el aspecto estético y ordenado que la había caracterizado en el pasado. Sin embargo, la razón de esto no se encontraba solo en el detrimento de su arquitectura, sino también en la invasión de sus espacios por una turba de personajes callejeros que no solo la deterioraban más, sino que además la hacían aún más desagradable y confusa.

b. Sobreviviendo en la plaza

No obstante, la Plaza San Martín no era del todo un territorio caótico. En realidad, aquellas personas que trabajaban en ella la utilizaban teniendo un sentido del tiempo y del espacio, lo que otorgaba un cierto orden a sus actividades.

Esta plaza tiene una característica especial: su rostro no es siempre el mismo. Son los individuos que en ella se congregan, o los que presurosos la cruzan, los que harán que la imagen que la muestra no sea siempre igual. [...] Es en estas horas matinales que sigilosas sombras se perfilan en hombres, a veces mujeres, arrastrando carritos cargados de botellas con un líquido verde que se convertirá en el reconfortante emoliente. Niños encorvados por el peso de su pobreza y por el peso de los periódicos bajos sus brazos se encaminan a vocear la vida; los lustrabotas también. [...] La comparsa la encabezan los miserables; poco a poco irán vislumbrándose los humildes empleados de las tiendas o librerías o mozos, para dar paso a los muy de moda oficinistas. Pronto el tímido murmullo de los vehículos se hará ensordecedor. [...] Después harán su aparición los turistas, que sonrientes, de espalda al monumento, graban su imagen que algún día será un pálido recuerdo en sus vidas... Pero, más allá, están aquellos que “diario” en mano, ávidos recorren sus negras líneas, buscando una esperanza: son los numerosos desocupados que suelen hacer un alto en su dramática búsqueda. [...] Incansables, los ambulantes ofrecen sus mercancías, resaltando la calidad del producto o tratando de convencer a algún turista sobre la autenticidad de aquellos objetos de forma arqueológica. [...] A medida que la oscuridad envuelve con su manto a la Plaza San Martín, saldrán de entre las sombras rostros cetrinos ofreciendo apetitosos choclos con queso o las calientes pancitas con sus anticuchos; de vez en cuando una voz nos llegará: “acérquese caserito, aquí están las riquísimas humitas”. [...] Entonces será otro el espectáculo que presente este circo: rostros varoniles cubiertos con grotescas máscaras femeninas cimbrarán la cintura con continuas caminatas por la plaza; mujeres, tratando de esconder de la luz artificial las huellas que cada noche de su falsa vida va dejando en sus rostros y en su espíritu, ofrecerán sus caricias a precios que oscilan con la devaluación del sol. [...] Todo un espectáculo triste, grotesco, que nos presentan cada día ese gran empresario conocido por todos, que a veces gusta vestir de verde con adornos rojo sangre y, otras, de dorada democracia (G. C., 1980: 13).

Esta cita nos sugiere un orden temporal en los diferentes oficios callejeros y demás personajes que van apareciendo y desapareciendo a medida que transcurre el día. Con el

amanecer llegan primero los emolienteros, canillitas y lustrabotas. Con el correr de la mañana, turistas, *huaqueros* y desempleados. Al atardecer, los ambulantes de comida; y con el anochecer, prostitutas y homosexuales. Es decir, hay, a cada hora, una actividad que se va desarrollando.

En cuanto a la disposición espacial, sobre las cuatro grandes áreas pavimentadas de la plaza, se formaban varios ruedos en torno a oradores, cómicos, fakires, músicos, etc., mientras que su contorno era ocupado por los vendedores de comida. El espacio cobra un importante valor: se trata de un medio de subsistencia que habría generado más de un conflicto debido a la competencia por la atención del público y por el poco tiempo laboral a consecuencia de los súbitos desalojos policiales.¹⁷ Por otra parte, el desalojo de unos podía convertirse en la oportunidad de otros. Así, por ejemplo, ante la expulsión de los llamados *charlatanes* o vendedores ambulantes de remedios caseros, su lugar sería ocupado al día siguiente por quienes se dedicaban a la venta o alquiler de revistas pornográficas (“Tiene nuevos inquilinos”, 1980).

En cuanto a los diversos oficios y personajes callejeros que ejercían sus actividades en la Plaza San Martín, la prensa menciona más de una docena, entre “géneros” y “subgéneros”. Esta diversidad podía generar un deslumbramiento en el espectador por su colorida variedad:

Es como si el viejo libertador hubiera dicho desde su petrificada posición en un momento de insoportable soledad: “hombres de todos los oficios y de todas las angustias, venid aquí”. ¿Cómo explicar este mare mágnam, esta diversidad, este caos pero al mismo tiempo esta convención? (Herrera, 1980: 12).

Entre estos personajes callejeros tenemos a los simples oradores, humorísticos o serios, que pueden versar sobre política, religión o incluso astrología, entre otros temas; los llamados *charlatanes*, vendedores de hierbas y otros “secretos” de la medicina popular; payasos, mimos, fakires y tragafuegos; poetas, cantantes, grupos de teatro, conjuntos musicales; ambulantes dedicados a la venta (o alquiler) de libros y revistas, los dedicados a la venta de comidas, dulces, bebidas (como emolienteros) y demás “chucherías”; los canillitas, lustrabotas y fotógrafos; además de grupos religiosos (Hare Krishna) y desocupados. Los elementos marginales de la sociedad también tienen un sitio en esta plaza: mendigos, locos, delincuentes, prostitutas, homosexuales y niños callejeros (primero llamados *petisos* y luego *pirañitas*) hallaron en ella, además de sombra en verano y de cobijo en invierno, el agua que pudieran beber de las dos fuentes existentes.¹⁸

IV. El Municipio lucha por la plaza

Entre 1980 y 1995, la Municipalidad de Lima pretendió devolver el antiguo esplendor que había ostentado la Plaza San Martín décadas atrás. En algunos casos, estos intentos fueron resultado de ambiciosos planes de remodelación del Centro de Lima. Estos proyectos incluían a la Plaza San Martín como parte de una moderna zona turística ubicada en el corazón de la ciudad. No obstante, la creciente crisis económica, que afectó directamente a los organismos de financiación del Municipio, hizo que estos objetivos urbanísticos solo se cumplieran parcialmente. En otros casos, el aseo y ornamentación de la plaza fueron las consecuencias inmediatas de las llamadas *campañas de limpieza relámpago*, generalmente emprendidas como una salida urgente ante el desborde de la basura y sus potenciales secuelas epidémicas. Una fecha conmemorativa, la cercanía a las elecciones ediles o algunas visitas ilustres eran también ocasiones para que se la engalanara. Sin embargo, debido a su irregularidad, estas acciones tampoco resultaron ser una solución eficaz para detener el constante deterioro físico que estaba sufriendo tanto la plaza como los importantes edificios que la circundaban. Frente al intenso tráfico vehicular, la aglomeración peatonal y la contaminación, el Municipio parecía impotente para implementar una política adecuada de reordenamiento y saneamiento de los espacios públicos de la ciudad. En el caso específico de la Plaza San Martín, estas soluciones se dieron paulatinamente hasta 1995. Fue solo a partir del siguiente año que la situación cambió radicalmente con la nueva política de Recuperación del Centro Histórico de Lima que emprendió el alcalde Alberto Andrade. No obstante, su gestión no actuó sobre el vacío. Los cambios sociales y económicos, así como algunas medidas implementadas por gestiones anteriores, hicieron posible que la denominada *recuperación* se hiciera efectiva en Lima y, específicamente, en la Plaza San Martín.

a. Entre quimeras parisinas y virreinales

A mediados de enero de 1980, la prensa informaba de la inversión de mil millones de soles para la remodelación del Centro de Lima.¹⁹ Se trataba de un megaproyecto auspiciado por el recientemente designado alcalde Piero Pierantoni Cámpora.²⁰ Este plan tenía como primera etapa la transformación de la avenida La Colmena, parte del Jirón de la Unión y la Plaza San Martín “en un bulevar al estilo europeo”. Sin embargo, el primer paso consistía en recuperar el ornato y la limpieza de las calles, es decir, erradicar a “los cientos de ambulantes que se habían apoderado del corazón de Lima”, con sus “puestos, carretillas y triciclos”, y habían convertido La Colmena en un *mercadillo* por donde daba “asco” caminar.

El segundo paso era reorganizar el tránsito vehicular en la avenida Uruguay, la calle Belén y el jirón Quilca, convirtiendo a este último en una vía peatonal. El proyecto —según el diario *Correo*— buscaría “devolver a Lima su señorial aspecto de ciudad con abolengo y tradición”. De la Plaza San Martín partirían las nuevas calles de una remodelada avenida La Colmena, arboladas y bien alumbradas, con cafés y restaurantes para el público. De este modo, la ciudad tendría, por fin, su “rincón europeo” (“Lima tendrá su ‘rincón’ europeo”, 1980).

Tres años después se publicitaban obras de igual magnitud en los diarios capitalinos. En esta ocasión, el alcalde Eduardo Orrego Villacorta anunciaba la ejecución del bulevar La Colmena-Belén, un eje turístico que estaría dividido en tres áreas: la avenida La Colmena, la Plaza San Martín y el Jirón de la Unión, un proyecto que “finalmente cambiaría el rostro del centro de la ciudad”. Las “desgastadas y angostas” calles de Lima serían convertidas en “amplias avenidas arboladas y bien iluminadas, con bancas, jardines y cafetines al aire libre al mejor estilo de París”. El área turística estaría definida por la presencia de los hoteles Sheraton, Bolívar, Plaza y Crillón.²¹ Sin embargo, esta remodelación no afectaría los “rasgos coloniales” de la ciudad. Por el contrario —según Medina (1983) del diario *Correo*— el proyecto permitiría que Lima recuperara su “antigua belleza” de “Ciudad de los Reyes”, a la vez que la convertiría en una ciudad “más moderna”, en “una de las mejores de Sudamérica” (Medina, 1983: 12). Por otra parte, las obras se veían estimuladas por el éxito de Orrego en la reubicación, “momentánea”, de los ambulantes en el malecón de Polvos Azules y por la remodelación del Jirón de la Unión en una vía peatonal (Dórich, 1997: 201). Además, la autoridad municipal contaba con la activa participación de un “Comité de Vecinos”, una entidad compuesta mayormente por personas vinculadas al sector turístico cuyos negocios se encontraban ubicados en la zona. Este comité, según informaba *Correo*, venía trabajando en coordinación con el Ministerio de Industria, Turismo e Integración, y se había impuesto como objetivo la recuperación del Centro de Lima. De ahí que se adjudicara “la tarea de librar de la invasión de ambulantes las calles de La Colmena”, lo que le valió, por su “afán cívico en bien de la ciudad”, las felicitaciones del alcalde (Medina, 1983: 13).

b. Entre el caos vehicular y los ambulantes

El proyecto para transformar el Centro de Lima en un “rincón europeo” fue ignorado por el siguiente alcalde capitalino: Alfonso Barrantes Lingán, electo en 1983. En efecto, el Programa de Gobierno Municipal de su agrupación política, Izquierda Unida (IU), no incluía

la avenida La Colmena ni la Plaza San Martín entre los tres ejes que serían establecidos como soluciones “urgentes” para remozar el Centro de Lima: el eje cívico-cultural (Plaza Unión – Plaza Bolognesi – Plaza Grau), el eje cultural-recreacional (Malecón del Rímac) y el eje comercial (avenida Emancipación – Plaza Unión). Por el contrario, el cruce de las avenidas Tacna y La Colmena fue comprendido entre los varios pasos a desnivel que serían construidos para reducir el congestionamiento vehicular y privilegiar la circulación del transporte público en la zona (“Es posible una ciudad para todos”, 1983).

Si bien la gestión de Barrantes no llegó a ejecutar el paso a desnivel Tacna-La Colmena, sí implementó, hacia el último año de su mandato municipal, un plan de reorganización del tránsito del Centro de Lima. En 1986 se prohibió la circulación de todo tipo de transporte público de pasajeros, salvo los de servicio turístico y los taxis autorizados, entre la zona delimitada por las avenidas Tacna, Nicolás de Piérola (La Colmena), Abancay y el río Rímac, salvo en las avenidas Cuzco y Emancipación, donde se estableció el doble sentido. En cuanto a la avenida La Colmena, esta mantuvo su tráfico de doble sentido a lo largo de sus calles, por lo que la Plaza San Martín continuó sufriendo un intenso tráfico vehicular. El mandato municipal también dispuso la prohibición de circular, estacionar e instalar “carretillas, triciclos y cualquier otro objeto fijo, movable o portable en todas las calzadas y veredas”, con la clara intención de restringir el comercio ambulatorio en la zona. Sin embargo, los ambulantes estuvieron lejos de desaparecer de las calles (“Limitarán tránsito en ‘Lima Cuadrada’”, 1986; “Hoy se inicia reordenamiento del tránsito vehicular”, 1986).

Fue solo hasta 1989 que el transporte público de pasajeros dejó de transitar por la Plaza San Martín. La administración de Jorge del Castillo estableció en marzo de ese año la prohibición definitiva de la circulación de “microbuses, ómnibus y camionetas rurales” por la avenida La Colmena, entre las avenidas Tacna y Abancay, con el explícito propósito de “recuperar la prestancia del monumento arquitectónico erigido al Libertador de Perú” (“Desconcierto en la Av. Emancipación”, 1989). Para entonces circulaban por la plaza once empresas de microbuses y una de camionetas rurales, un total de 750 unidades, que soportaban cerca del 10% del transporte público de la ciudad. El nuevo plan de reordenamiento estableció la avenida Emancipación como vía alternativa para estas empresas, aunque al cabo de unas semanas también se prohibió esta ruta.²² Además, para recuperar el orden y la higiene de la Plaza San Martín, el Municipio buscó implementar otras medidas, tales como la restricción del comercio ambulatorio y el uso obligatorio de uniformes para los 21 lustrabotas que trabajarían en el lugar. También se convocó a un concurso que incluyera el diseño de un enrejado (¿para evitar el ingreso definitivo de los

ambulantes?) y un plan de recuperación de sus áreas verdes. Otra intención de la autoridad edil era convertir en peatonal todo el contorno de la plaza (“No circularán micros en la Av. Emancipación”, 1989). Si bien estas últimas disposiciones no se llegaron a concretizar, la reubicación de las rutas de transporte público sí fue definitiva.

Por otra parte, la presencia ambulatoria continuó siendo un persistente problema para la Municipalidad. En el caso concreto de la Plaza San Martín, como ya se ha señalado líneas arriba, este espacio público fue invadido por una multitud de personajes callejeros. Frente a esta situación, la prensa se hizo eco de las demandas de un sector de la ciudadanía que exigía su terminante desalojo de la zona. Así, según *El Comercio*, “la opinión generalizada del vecindario de Lima”, ante la campaña de “erradicación” emprendida por la policía contra “el gran número de vendedores ambulantes, charlatanes, mercachifles y otros curiosos personajes” tenía total respaldo. Sin embargo, la identidad de las cuatro personas entrevistadas reflejaban más el sentir de los sectores mesocráticos que el total de los limeños: un empleado (?), un economista, una estudiante universitaria y un industrial. A continuación reproduzco dos de estos testimonios:

María Victoria Zevallos (estudiante): “No cabe duda que la presencia de tantos ambulantes, vendedores de comidas, emolienteros y toda suerte de baratijas, le daban un pésimo aspecto a la plaza [...] Inclusive a determinadas horas de la tarde y la noche uno no podía caminar o admirar el monumento a San Martín por las grandes concentraciones de gente alrededor de los charlatanes [...] Esperamos que la Guardia Civil pueda terminar con estos hechos”.

José Ángeles (industrial): “Estamos en vísperas de las Fiestas Patrias, cuando precisamente debemos rendir homenaje a quienes forjaron la independencia Patria [...] De esta suerte, lo menos que puede hacerse, tanto por nosotros como por los turistas que vienen a visitarnos, es ofrecerles una plaza San Martín con prestancia y despejada de tanto elemento que la desnaturaliza cívicamente y no contribuye a nada al ornato que debe tener [...] En tal sentido esperamos que las autoridades policiales permanezcan vigilantes en todo momento” (“Ciudadanía apoya erradicación de ambulantes en Plaza San Martín”, 1980).

Así, cuando la Municipalidad emprendía estas campañas de “erradicación” sobre la plaza, la medida era aplaudida por la prensa.²³ El siguiente fragmento de un editorial del diario *Expreso* resulta elocuente:

La Municipalidad de Lima, nuevamente vuelve a retomar una loable decisión: la erradicación de los vendedores ambulantes de la Plaza San Martín [...] Una de las lacras que aquejan tanto a la Lima cuadrada como a sus distintos y más lejanos distritos es la invasión de los denominados ambulantes. Ellos se adueñan de parques, avenidas, plazas o plazuelas [...] Nadie puede estar contra las personas que trabajan y se ganan la vida honradamente. Lo que sí no se puede tolerar de manera alguna es que la ciudad de Lima se transforme en un gigantesco basural, por obra y gracia de las denominadas paraditas [...] Así como no se debe permitir ni tolerar carretillas de expendio de bebidas y comidas en la Plaza San Martín, como

tampoco de ambulantes, payasos, mendigos, quioscos de lustrabotas y otros [...] (“Ornato urbano”, 1986).

Erradicación de ambulantes y limpieza de la ciudad eran dos aspectos que estaban fuertemente asociados en el discurso periodístico, se llegó incluso a usar el verbo *limpiar* para hacer referencia a los desalojos emprendidos contra el comercio ambulatorio.²⁴ Estas campañas de “limpieza” contra los ambulantes y la basura por igual fueron emprendidas por el Municipio en la Plaza San Martín como parte de sus planes de limpieza general de toda la ciudad. Sin embargo, solo se obtuvieron mediocres resultados. La campaña emprendida en marzo de 1989 es un ejemplo de lo que fueron estos infructuosos intentos de la autoridad edil durante esos años.

El diario *Expreso* daba cuenta entonces de que: “Medio centenar de trabajadores del Servicio Municipal de Limpieza Pública de Lima (SMLL) barrió y baldeó la plaza San Martín, dejándola tan limpia y atractiva como cuando no recibía vendedores ambulantes”, todo ello como un plan complementario de la medida de reubicación del tránsito vehicular emprendida por la gestión de Del Castillo (“Asean Plaza San Martín”, 1989). Una semana después, se realizaba una limpieza “más integral” de la plaza, ya que “no solo se había barrido y baldeado”, sino que también se había procedido a “la limpieza y pintado del monumento, así como de los pórticos y portales de la plaza, además de las bancas” (“En marcha nuevo plan de limpieza en Lima”, 1989). Sin embargo, siete días después, los “vendedores de toda clase de chucherías”, “charlatanes” y “libreros” volvían a ocupar la zona ante la escasa vigilancia policial. Así pues, la Plaza San Martín volvía a tener el mismo “aspecto deprimente” de los últimos años. (“Ambulantes invaden la Plaza San Martín”, 1989).

V. Recuperando la plaza

A los pocos días de haber asumido la dirección del Municipio, Alberto Andrade Carmona dio inicio a su proyecto de recuperación del Centro Histórico de Lima. Andrade que, a diferencia de sus antecesores, tenía experiencia en gestión municipal, pues había sido alcalde del distrito de Miraflores por dos períodos municipales consecutivos, puso en marcha su promesa de transformar Lima. El 23 de enero de 1997 reinauguraba la Plaza de Armas (ahora como Plaza Mayor) como parte de los actos de festejo por los 462 años de la fundación de Lima. El siguiente paso sería la Plaza San Martín.²⁵

a. Remodelación y reinauguración

Las obras de remodelación de la Plaza San Martín demandaron un gasto de cinco millones de nuevos soles. Con ese dinero se financiaron la restauración de las esculturas de bronce, la nivelación del piso de granito y el pulido de las bancas de mármol, así como el restablecimiento de las áreas verdes y la reparación de las dos piletas existentes. La iluminación se mejoró con 32 nuevos postes y el tráfico peatonal con ocho semáforos más. Frente al Hotel Bolívar y al Teatro Colón se construyeron áreas de taxis, mientras que las veredas de los portales fueron ampliadas y se les restituyó el piso original de losetas (Castillo, 1997: 13).

Finalmente, el 23 de mayo de 1997, después de siete meses de intensos trabajos, la Plaza San Martín fue reinaugurada oficialmente. La ceremonia se inició con el Himno Nacional. A continuación el alcalde de la ciudad, como único orador de la noche, se dirigió a los miles de entusiastas espectadores que se habían dado cita, entre ellos los ex alcaldes Alfonso Barrantes y Luis Bedoya Reyes.²⁶ En su discurso, Andrade presentó a la remozada Plaza San Martín como un paso más en el “largo proceso de recuperación” de Lima: si el primero había sido la remodelación de la Plaza de Armas, ahora le correspondía al segundo espacio público más importante del Centro Histórico. Cumplido este objetivo, se anunciaba el próximo: la recuperación del Parque Universitario. Sin embargo, la importancia de la recuperación de la Plaza San Martín no se reducía a la devolución de la prestancia arquitectónica de la ciudad. Para Andrade, este hecho tenía un significado más profundo: también se trataba de la recuperación de la función evocadora de la plaza en la memoria nacional. “El Perú es un país con historia milenaria de hombres trabajadores que estamos construyendo el futuro para nuestros hijos y nuestros nietos [...] el futuro de un país solo se puede construir en una actitud de admiración por su pasado y su historia [...] al recuperar esta plaza unimos el pasado y el presente, y proyectamos el futuro para nuestros hijos” (“Sigue el Parque Universitario”, 1997).

Tres vivas, uno por el general San Martín, otro por Lima y el tercero por el Perú, dieron por concluido el discurso. A continuación se iniciaron las celebraciones con un pasacalle a lo largo de La Colmena. Desfilaron “cincuenta grupos de teatro y de danza de las diferentes regiones del país”, además de caballos de paso y una parada de calesas con reinas de belleza, vestidas a la usanza de los años 20 y 40. A ellos se sumaron otros símbolos evocadores de la historia limeña, desde autos antiguos de las primeras décadas del siglo XX hasta un grupo de tapadas, cuya “gracia fue aplaudida por miles de entusiastas concurrentes”. Mientras la población disfrutaba del desfile, el Hotel Bolívar ofrecía una fiesta

de gala que incluía una serenata criolla en homenaje a la ciudad. Las festividades concluyeron con un despliegue “inusitado” de luces y fuegos artificiales.²⁷

b. Símbolo de orden, limpieza y moralidad

Para la nueva gestión municipal de 1996, la ciudad de Lima se encontraba sumida en una crítica situación, entre otras razones, por la ausencia de una efectiva autoridad local. Esta *ingobernabilidad* —según el regidor Jorge Ruiz Somocurcio— tenía en el Centro Histórico su mayor evidencia, ya que se había convertido en una *tierra de nadie*, que representaba “la mayor expresión de falta de identidad y desencanto del ciudadano frente a su ciudad”. Era pues imperativo recuperar el *principio de autoridad* sobre este espacio. Solo así se restauraría la gobernabilidad sobre el resto de la ciudad. No obstante, las autoridades ediles eran conscientes de que la recuperación del Centro Histórico significaría una empresa de larga duración, de ahí que se hizo necesario “establecer metas de corto plazo, tangibles, exitosas”, que tuvieran un impacto mediático ante la opinión pública (Ruiz de Somocurcio, 1999: 31). La celebrada remodelación de la Plaza San Martín cumplió perfectamente con este propósito.

En efecto, la reinauguración de esta plaza fue exhibida por el Municipio como un acto que le devolvía su carácter racional y estético, tal como le correspondía por ser uno de los principales espacios públicos de la ciudad. Los años en que la Plaza San Martín se había convertido en una “letrina pública” e “improvisado circo popular” daban paso al establecimiento de un “espacio organizado, con las reglas de uso claras y un control eficiente a cargo de un sistema de seguridad” (Municipalidad de Lima, 1997: 42-43). Ahora, con la presencia de cincuenta policías municipales destacados permanentemente en la zona, se impondría el orden y la seguridad pública (“Negocios se ‘ponen al día’ por la remodelación de la Plaza San Martín”, 1997). En cuanto al persistente problema del comercio ambulatorio y otras actividades callejeras, la Municipalidad instaló dieciocho quioscos rodantes de uso múltiple, con lo cual limitaba la presencia ambulatoria a solo ese número de puestos en la vía pública (Municipalidad de Lima, 1997: 45).

La prensa escrita informó con beneplácito de las noticias de restauración de la plaza. Si por años sus páginas denunciaron la situación de decadencia en que se hallaba, ahora destacaban la envergadura de las obras emprendidas. Así —según la periodista María Elena Castillo de *La República*—, los tiempos en que la “podredumbre se había apoderado del lugar”, en alusión, entre otros aspectos, a la presencia de ambulantes, ladrones,

estafadores, pirañitas, prostitutas, homosexuales y “hippies borrachos”, habían terminado con los trabajos de remodelación (Castillo, 1997: 13-14). En otras palabras, con estas obras no solo se estaba embelleciendo la Plaza San Martín, sino que además se la estaba “saneando” socialmente de aquellos elementos callejeros que eran considerados por la opinión pública como peligrosos, inmorales y antisociales.

Pero esta “limpieza moral” emprendida por la Municipalidad iba más allá de la vía pública, y alcanzaba también a los negocios formales del entorno de la plaza. En efecto, si en el pasado pulularon en las inmediaciones “ruidosas casas de juego, dudosas agencias de viajes y *shows* de *striptease*”, ahora, con la aplicación rigurosa de una política municipal, la escabrosa fama de la Plaza San Martín también cambiaría. Así, establecimientos como el Teatro Colón, los cines Metro y Plaza, o la *boîte* Embassy, especializados desde la década de 1980 en espectáculos para adultos, tendrían que ajustarse al cumplimiento del Reglamento de Administración del Centro Histórico, cambiando sus actividades por los servicios de turismo, comercio y residencial. “De esta forma —concluía la periodista Castillo— cuando se terminen los trabajos de remodelación, la Plaza San Martín se convertirá en una zona de cafés o restaurantes al aire libre, y en el centro de la plaza se realizarán exposiciones de pinturas, esculturas o diversas colecciones de arte [...] Las buenas épocas están a punto de comenzar” (Castillo, 1997: 14).

Conclusiones

Para quienes recordaban aquellos años de mediados de siglo, “de pocos autos, ómnibus y tranvías” y en que “los limeños ni siquiera soñaban con la televisión” (Tamariz, 1997: 54), la Plaza San Martín era evocada como un espacio que concentraba diversión nocturna y tertulia intelectual. Para entonces, si bien los *striptease* ya eran habituales (ejecutados generalmente por bailarinas internacionales) y no eran extrañas las peleas fuera de los cafés y clubes nocturnos, aún así se trataba de “otra” Lima. Una donde no existía aún la congestión vehicular, la abrumadora presencia de ambulantes o las montañas de basura, al menos no en su centro histórico. Sin embargo, cuando estos problemas comenzaron a alcanzarla décadas después, las voces de reclamo se hicieron unánimes.

El éxito de Andrade en la recuperación de la Plaza San Martín tiene más de una explicación. Una de ellas, a modo de hipótesis, se relaciona con la reubicación de las rutas de transporte público, lo que habría generado un impacto en la descongestión peatonal de la zona. Al no ser ya parte de las rutas de tránsito, la Plaza San Martín no solo se benefició

de la reducción de la contaminación, sino que además habría acogido a un menor número de transeúntes. A su vez, esta disminución pudo haber afectado a los diversos oficios que se realizaban en ella. Si bien esto no significó la desaparición repentina de ambulantes, cómicos, *charlatanes*, etc., sí es posible que la reducción del un potencial número de clientes haya incidido en la actividad callejera. No obstante, es posible que esta concurrencia peatonal, especialmente durante los fines de semana, comenzara a descender ya desde antes. La Lima de 1997 no era la misma de los años ochenta.

Si durante la década de los ochenta las áreas populares de la periferia vivían bajo condiciones precarias, para mediados de los años noventa estas poblaciones se estaban convirtiendo en polos de desarrollo económico. Las poblaciones de los conos norte, sur y central (conformadas en su mayoría por antiguas barriadas) no solo habían logrado mejorar, progresivamente, sus condiciones materiales, sino que además se habían desarrollado como importantes zonas productivas, contaban con sus propios espacios de trabajo, educación, salud y, especialmente, con áreas de diversión y consumo alimenticio. Se convertirían, pues, en *centros periféricos*, es decir, en polos de atracción para más de la mitad del total de habitantes de Lima (aproximadamente cinco millones de personas), con lo que se descongestionaría la densidad peatonal que existía en el centro de la capital, especialmente los fines de semana (Matos Mar, 2004 [1984]: 132-135).

Por otra parte, los ambulantes tampoco eran los mismos, por lo menos no aquellos que habían logrado reunir un mediano capital como fruto de sus años de trabajo. Cuando Andrade procedió con su plan de reubicación del comercio ambulatorio de las diferentes calles y avenidas de Lima Cuadrada, luego de una resistencia inicial, los ambulantes iniciaron, con apoyo de la Municipalidad, la construcción, compra o alquiler de sus propios establecimientos. En el caso de la Plaza San Martín, no conozco la presencia de alguna asociación de vendedores ambulantes hasta antes de 1997. Sin embargo, existió una de lustrabotas en 1994, según un listado de este tipo organizaciones existentes en el Centro de Lima para aquel año (Granados, 1997: 153). Presumiblemente, el denominado Sindicato de Lustrabotas de Calzado habría cumplido un papel importante para la continuidad de sus miembros en el área de la plaza después de su reinauguración de 1997. En cuanto a los cómicos ambulantes, estos conformaron una asociación solo a mediados de 1996, la Asociación de Artistas Cómicos Informales (AACI), cuyo local se encontraba en el segundo piso de un chifa ubicado frente a la Plaza San Martín. Esta asociación tenía la finalidad de recabar fondos con el propósito de formalizarse, es decir, convertirse en una organización reconocida por la ley, lo que no significó necesariamente la ausencia de conflictos con las autoridades (Vich, 2001: 21).

En la actualidad, los cómicos han desaparecido de la Plaza San Martín, al igual que los delincuentes, *pirañitas*, mendigos y locos. Sin embargo, esto no significa que se hayan extinguido, simplemente han sido forzados a inmigrar a otros espacios, lejos de aquellos sitios que son reconocidos como parte de un patrimonio cultural que hay que conservar. Sin embargo, no todos se han ido. Aún persiste la prostitución en el área, especialmente de niños y adolescentes. Por otra parte, todavía atraviesan sus veredas algunos esporádicos ambulantes y fotógrafos.²⁸ Además, las grandes bancas circulares se han convertido en improvisados escenarios para ciertos oradores, quienes, en compañía de un público espontáneo, entablan discusiones a modo de un libreto preparado de antemano. La diferencia con sus colegas de antaño es que los de hoy se limitan a cumplir con una labor proselitista en favor de ciertas posiciones ideológicas de moda, mendigando adeptos en lugar de monedas. Ya no estamos, pues, frente a los grandes ruedos de un público vibrante en torno a un artista de la calle.

En conclusión, el persistente anhelo municipal por recuperar la Plaza San Martín solo obtuvo resultados satisfactorios cuando las condiciones sociales y económicas comenzaron a cambiar. Si no hubiera sido así, las campañas de expulsión de la plaza de todo elemento indeseable simplemente hubieran continuado siendo infructuosas. La progresiva reorganización del tráfico —desde el alcalde Orrego hasta el alcalde Del Castillo—, la aparición de centros periféricos en los conos, además del mejoramiento de las condiciones económicas de un sector del comercio ambulatorio (lo que permitió su salida del Centro de Lima y posterior reubicación), todo ello sumado a la experiencia municipal de Alberto Andrade, habrían sido solo algunas de las razones por las cuales fue posible “recuperar” la Plaza San Martín.

Notas

- * Una versión preliminar de este artículo se presentó como ponencia al XVII Coloquio Internacional de Estudiantes de Historia, Pontificia Universidad Católica del Perú (Lima, 2007). Mi agradecimiento a Jaime Pulgar Vidal y a Jesús Cosamalón por sus valiosos comentarios críticos.
- 1. La Plaza San Martín se erigió sobre el terreno correspondiente a la estación de tren San Juan de Dios Lima-Callao, que funcionaba desde 1851. No obstante, a su vez, estas instalaciones ocupaban parte de lo que había sido, desde tiempos virreinales,

el convento y hospicio del mismo nombre (1608) y que aún seguían funcionando a inicios del siglo XX. Por otra parte, también existieron dos pequeñas plazoletas en el área: la Placita de la Micheo, una superficie triangular formada por el cruce de las calles Belén, Quilca y San Juan de Dios (hoy Jirón de la Unión); y la plazoleta rectangular de San Juan de Dios (conocida también como *Plazuela Zela*), comprendida entre el jirón Ocoña, la actual avenida Nicolás de Piérola y el Jirón de La Unión, frente al Hotel Bolívar. En 1901 se decidió establecer sobre toda esta superficie una plaza en honor de don José de San Martín. Sin embargo, fue solo a partir de 1911 que se inició la demolición de la estación y de las construcciones tugurizadas del entorno, y se concluyeron las obras solo en 1918. Un año antes, por medio de la Ley 2513, el gobierno estableció el destino definitivo de los 12.300 m² de la ex estación para la construcción de esta plaza. Los terrenos pasaron inicialmente a propiedad del Estado, pero posteriormente fueron cedidos a la Municipalidad de Lima (Municipalidad de Lima, 1997: 12-14; Ludeña, 2003: 224-226, 242 n. 52).

2. Los planos, la ornamentación y el diseño final de la plaza fueron obra del arquitecto y escultor español Manuel Piqueras Coto. Sin embargo, existieron anteproyectos que finalmente no fueron aprobados por el Gobierno peruano. Fue el caso de los diseños de Ricardo de Jaxa Malachowski y Bruno Paprocki, quienes presentaron sus propuestas en 1912 y 1916, respectivamente. Del primero solo se habría tomado el lugar de emplazamiento de la nueva plaza y, del segundo, la ubicación y disposición del monumento (Municipalidad de Lima, 1997: 17-18).
3. La remodelación se realizó en 1934 con motivo de los 400 años de la fundación de Lima. Por encargo de la Municipalidad, las obras estuvieron bajo la dirección de Malachowski, “con el objetivo principal de simplificar la densidad de componentes ornamentales”. De ahí, por ejemplo, que ocho de las dieciséis bancas de mármol fueran reubicadas en la primera cuadra del Paseo de la República (Ludeña, 2003: 231).
4. Para Castillo, el monumento resultaba “algo monótono, con sabor a presepio italiano, demasiado planimétrico, poco decorativo, más pictórico que escultórico”. Citado por Basadre (2005 [1939]: 68). No obstante, con los años, se atribuyó a Benlliure un error aún mayor: en lugar de colocar una llama ardiente (símbolo de la libertad) sobre el casco de la Madre Patria (escultura colocada delante de la efigie del Libertador), el artista español habría esculpido el animal andino del mismo

nombre. Sin embargo, las obras de restauración emprendidas en 1996 revelarían, supuestamente, una oculta intención: la representación de los símbolos del escudo peruano, ya que además de una llama se reconocieron cornucopias y hojas (“San Martín cabalga de nuevo”, 1997).

5. Para las celebraciones del Centenario llegaron al Perú un total de veintinueve embajadas y misiones especiales procedentes tanto de América como de Europa; sin embargo, estuvieron ausentes los representantes de Chile y Venezuela (Basadre, 2005 [1939]: 67).
6. Entre estas obras estuvieron las avenidas Leguía (posteriormente rebautizada Arequipa), Progreso, Unión (hoy avenida Argentina), Pershing, Brasil y Alfonso Ugarte, mientras que de la llamada avenida Principal, rebautizada como Piérola (conocida también como La Colmena), se pavimentó el tramo entre la Plaza Dos de Mayo y la Plaza San Martín. Washington y Sucre fueron dos de las numerosas plazas que se inauguraron durante el Oncenio. Por otra parte, el incendio originado en vísperas de las celebraciones del Centenario obligó a la reconstrucción del antiguo Palacio de Gobierno (Basadre, 2005 [1939]: 176-177); para una relación pormenorizada de la transformación urbana de Lima realizada durante el Oncenio, véase Leguía, 2007 [1935].
7. Según Ludeña, Piqueras habría desarrollado un estilo híbrido “afrancesado-americanizado-peruano-limeño” que plasmó en la Plaza San Martín a modo de contraste con el “gusto conservador” de la República Aristocrática, caracterizado este por el uso del estilo neobarroco afrancesado (Ludeña, 2003: 223).
8. Por otro lado, la forma rectangular de la plaza contrastaba con las otras de forma circular que se habían construido en los límites de la ciudad: la Plaza Dos de Mayo, la Plaza Castilla, la Plaza Bolognesi y la Plaza Grau. Precisamente, desde la primera de estas plazas —según el modelo francés del barón Haussman— se irradiarían en 45 grados, “arterias” que atravesarían el “corazón” de la ciudad (caracterizado por sus calles perpendiculares) como una forma de “oxigenar” sus estrechas calzadas perpendiculares. Entre estas vías, la única que se concretó fue la avenida Interior (inaugurada por Piérola en 1898 con el nombre de La Colmena, hoy Nicolás de Piérola) que partía desde la Plaza Dos de Mayo y confluía rectamente con la Plaza San Martín. Por el contrario, las proyectadas avenidas Central (una gran avenida que uniría los extremos de la ciudad, desde la Plaza Bolognesi hasta al cerro San

Cristóbal) y 28 de Julio (ampliación y prolongación de Petateros, callejón colindante con la Plaza de Armas que desembocaría en el espacio que ocuparía la Plaza San Martín) nunca llegaron a concretarse (Elmore, 1993: 14-16; Ramón, 1999: 184-200).

9. Cabe señalar que el proyecto de la llamada Patria Nueva tuvo su base social en los sectores populares y, especialmente, en la clase media urbana (estudiantes universitarios, trabajadores públicos, pequeños y medianos comerciantes, profesionales, etc.). Estos grupos sociales terminarían desbordando las “vallas oligárquicas” para terminar cayendo en el caudillaje de Leguía, según Jorge Basadre. La actividad económica motivada por los préstamos norteamericanos, el fomento de la educación y el crecimiento del aparato del Estado contribuyó en su conjunto a incrementar el número de los estratos medios a lo largo del Oncenio (Basadre, 1980: 90; Contreras y Cueto, 2000 [1997]: 218).
10. El Teatro Colón fue diseñado por Claudio Sahut y se construyó por iniciativa de la empresa de Teatros y Cinemas Ltda. “Su magnífica acústica, su elegante decoración interior y exterior así como la familiaridad que se creaba entre el público y actores, lo convirtieron por algunos años en el preferido de las compañías nacionales y extranjeras”. Por esta razón fue conocido como “La Bombonera de la Plaza San Martín”. Se inauguró en 1914 con la obra “La Mujer X”, protagonizada por la conocida actriz mexicana Virginia Fábregas (Municipalidad de Lima, 1997: 14).
11. Fue el caso del llamado Palacio de Cartón, estructura que albergó la Exposición Nacional de Industrias durante las celebraciones del Centenario (Municipalidad de Lima, 1997: 20).
12. Entre los edificios proyectados pero que no se llegaron a concretar estaban el nuevo local del Teatro Nacional y la nueva sede del Palacio Municipal (Ludeña, 2003: 225).
13. Para abril de 1917, el Gobierno había expropiado el terreno correspondiente a la manzana ubicada entre las calles Serrano (Camaná), San Juan de Dios (frente a la actual Plaza San Martín), Mata Judíos (Ocoña) y la avenida Piérola (La Colmena), con la intención de levantar un hotel “conforme a las ordenanzas de construcción de la avenida Piérola”. Respecto a su nombre, originalmente iba a denominarse *Ayacucho*, pero al considerarse que esta palabra quiere decir ‘rincón de los muertos’ se le llamó *Gran Hotel Bolívar*, en homenaje al Libertador (Municipalidad de Lima, 1997: 28).

14. Para las celebraciones del Centenario de la Independencia, en 1921, la ciudad no contaba con hoteles apropiados para alojar a los integrantes de las veintinueve comitivas extranjeras que llegaron a Lima. Ante esta situación, algunas familias alquilaban sus residencias al Gobierno con el fin de hospedarlos (Basadre, 2005 [1939]: 67, 101; Municipalidad de Lima, 1997).
15. Sin embargo, antes de la construcción de estos dos cines y de la existencia de la propia Plaza San Martín, este lugar ya contaba con una tradición cinéfila: “En los terrenos que ocupa el hotel Bolívar existían antes de su construcción cines de toldos y algunas carpas de circos ambulantes. Alrededor de 1915 había en la zona diversos lugares de espectáculos como los cines El Edén, El Cinematógrafo y el pequeño teatro Fémima (antes Alhambra)” (Ludeña, 2003: 227).
16. Algunos titulares de diarios de Lima resultan elocuentes: “Plaga de moscas desata epidemia de tifoidea” y “¡Emergencia! Más de un millón de ratas infestan Lima” (*El Diario de Marka*, 26 de mayo de 1980, p. 4); “Lima, ciudad de desocupados” (*El Diario de Marka*, 14 de agosto de 1980, p. 4); “He aquí algunos problemas para el futuro alcalde de Lima” (*El Diario de Marka*, 16 de septiembre de 1980, p. 6); “El calor, la basura y la falta de agua mata a nuestros niños” (*La República*, 12 de enero de 1983, p. 9); “Lima se muere de sed” (*La República*, 10 de febrero de 1983, p. 7); “Basuras, baches, ambulantes; el reto de la gran Lima” (suplemento *Sucesos de Correo*, 7 de agosto de 1983, s/n); “Esta Lima que se cae” (suplemento *Sucesos de Correo*, 30 de octubre de 1983, s/n); “Lima es una de las ciudades más contaminadas del mundo”. (*Extra*, 3 de enero de 1986); “Estado de emergencia y toque de queda desata el gobierno en Lima y Callao”. (*Expreso*, 8 de enero de 1986, p. 2); “Incendian tres hoteles exclusivos. Atentados contra el Crillón, Sheraton y Bolívar” (*Expreso*, 28 de agosto de 1986, p. 3); “Niños pirañas atacan micros y automóviles” (*Extra*, 4 de junio de 1986, p. 3); “Peligrosos “tacoritas” aparecen en todo Lima” (*Extra*, 7 de junio de 1986, p. 4); “Lima capital de la mugre” (*Extra*, 6 de febrero de 1989, p. 4); “La deforme Lima” (*La República*, 25 de julio de 1989, p. 19); “Río Rímac es ahora el gran basurero de Lima” (*La República*, 11 de enero de 1992, p. 14); “No hay mal que dure 460 años” (*La República*, 18 de enero de 1995, pp. I-IV); “El desastre ecológico Lima-Callao” (*La República*, 14 de junio de 1995, p. 19); “¡Sí, es posible cambiarle el rostro a Lima!” (suplemento *Domingo de La República*, 9 de julio de 1995, pp. 14-17).

17. Los conflictos por el espacio no debieron estar ausentes de la Plaza San Martín, tal como sucedía en otras partes del Centro de Lima. Gustavo Leyton Ramírez y Manuel Villavicencio Palacios, dos payasos novatos de la calle, tuvieron que abandonar la pequeña plaza ubicada delante del Palacio de Justicia debido al hostigamiento de policías y *parlas* ('pregoneros de remedios en la vía pública'). Aun cuando el negocio resultaba rentable, ambos se vieron obligados a buscar otro lugar para trabajar ("El hambre también puede hacer reír", 1983).
18. Para la elaboración de esta relación de oficios callejeros se ha recurrido a los siguientes artículos: "Ambulantes invaden la Plaza San Martín", 1989; y los ya citados: Jiménez, 1980; "Tiene nuevos inquilinos", 1980; Herrera, 1980; G. C., 1980.
19. La inversión total sería de tres mil millones de soles procedentes del Fondo Metropolitano de Inversiones ("Cambiará el Centro de Lima", 1980).
20. Piero Pierantoni Cámpora, de origen genovés, fue designado alcalde de Lima por el Gobierno Militar en reemplazo de Roberto Carrión Pollit. Pierantoni, de profesión ingeniero, asumió la alcaldía el 1 de enero de 1980 y se mantuvo en ella durante un año ("Nuevo alcalde de Lima es el ing. Piero Pierantoni", 1980).
21. Las obras estarían financiadas por el Fondo de Inversiones Metropolitano (INVERMET) y el Fondo de Inversión Turística (FOPTUR) (Medina, 1983: 12-13).
22. La prohibición de buses y microbuses en la avenida Emancipación fue consecuencia de la restricción vehicular de un área mayor, comprendida entre las avenidas Tacna, Wilson, Abancay, el Paseo Colón y el río Rímac ("No circularán micros en la Av. Emancipación", 1989).
23. La voz de protesta de los ambulantes frente a los desalojos municipales fue recogida por los diarios capitalinos. Sin embargo, esto no significó necesariamente una actitud solidaria con los comerciantes informales. Solo cuando estas campañas alcanzaban niveles de brutalidad, la prensa atendía sus demandas. Precisamente, a lo largo de la década de 1980, lo que se advierte es un aumento de la violencia desatada en las calles, entre la policía municipal y los ambulantes.

24. “Limpiarán a golpes kioscos de plazuela” (*La República*, 19 de febrero de 1983, p. 6); “Limpiarán de ambulantes el centro histórico de Lima solo por 4 días” (*La República*, 21 de julio de 1995, p. 15).
25. Para una relación de las obras de Andrade en la recuperación del Centro Histórico de Lima, véase “Obras y más obras: el regreso de Lima”, 1998: 10-13.
26. Entre las autoridades que asistieron a la reinauguración se encontraba el primer vicepresidente de la República, Ricardo Márquez; el presidente del Consejo de Ministros, Alberto Pandolfi; los ministros de Defensa, el general EP Tomás Castillo Mesa; de Salud, Marino Costa; de Industrias, Gustavo Caillaux; y el director general de la Policía Nacional, general Fernando Vianderas; además de congresistas, alcaldes distritales, regidores y personalidades vinculadas a los círculos empresariales, culturales y vecinales (“*Sigue el Parque Universitario*”, 1997).
27. Para una descripción de las celebraciones, véanse “Fiesta popular, calesas y cohetes al inaugurar hoy plaza San Martín”, 1997; y “*Sigue el Parque Universitario*”, 1997.
28. De igual manera, en la actualidad se pueden apreciar algunos puestos dedicados a la venta de periódicos, revistas, libros y guías de turismo.

Bibliografía

Fuentes primarias

- “Ambulantes invaden la Plaza San Martín”, 1989, en *Expreso*, marzo 19, Lima, p. 18.
- “Andando con Andrade”, 1997, en *Caretas* [versión electrónica], núm. 1463. Revisado el 25 de octubre de 2007, en <http://www.caretas.com.pe/1463/martin/martin.htm>
- “Asean Plaza San Martín”, 1989, en *Expreso*, marzo 5, Lima, p. 12.
- “Cambiará el Centro de Lima”, 1980, en *Correo*, enero 14, Lima, p. 7.
- Castillo, María Elena, 1997, “Nueva plaza”, en suplemento Domingo de *La República*, abril 27, Lima, p. 13-14.

“Ciudadanía apoya erradicación de ambulantes en Plaza San Martín”, 1980, en El Comercio, julio 3, Lima, p. 11.

Del Castillo, Ricardo, 1980, “Plaza San Martín: ánfora viviente”, en El Comercio, abril 21, Lima, p. 2.

“Desconcierto en la Av. Emancipación”, 1989, en Expreso, marzo 7, Lima, p. 11.

“En marcha nuevo plan de limpieza en Lima”, 1989, en Expreso, marzo 12, Lima, p. 10.

“Es posible una ciudad para todos”, 1983, en El Diario de Marka, noviembre 16, Lima, s/p.

Estremadoyro, Alfonso, 1980, “En defensa de Lima”, en El Comercio, noviembre 10, Lima, p. 2.

“Fiesta popular, calesas y cohetes al inaugurar hoy plaza San Martín”, 1997, en Expreso, mayo 23, Lima, p. 10-A.

G. C., 1980, “El circo de la Plaza San Martín”, en El Diario de Marka, septiembre 30, Lima, p. 13.

“El hambre también puede hacer reír”, 1983, en El Diario de Marka, julio 15, Lima, p. 7.

Herrera, Julio, 1980, “La Plaza San Martín está tomada”, en El Diario de Marka, agosto 5, Lima, p. 12.

“Hoy se inicia reordenamiento del tránsito vehicular”, 1986, en Extra, enero 23, Lima, p. 4.

Jiménez, Jorge Augusto, 1980, “Así está la Plaza San Martín”, en El Comercio, mayo 14, Lima, p. 2.

“Lima tendrá su ‘rincón’ europeo. La Colmena será Boulevard”, 1980, en Correo, enero 24, Lima, p. 5.

“Lima, una ciudad sumida en el caos y afligida por grave crisis”, 1980, en El Diario de Marka, diciembre 27, Lima, p. 9.

“Limitarán tránsito en ‘Lima Cuadrada’”, 1986, en Expreso, enero 13, Lima, p. 8.

Medina, Magaly, 1983, “El bulevar La Colmena es una realidad”, en Correo, enero 31, Lima, pp. 12-13.

Municipalidad de Lima, 1997, La Plaza San Martín. Presentación de Alberto Andrade Carmona. Lima, Municipalidad de Lima.

“Negocios se ‘ponen al día’ por la remodelación de la Plaza San Martín”, 1997, en El Comercio, mayo 22, Lima, p. A-10.

“No circularán micros en la Av. Emancipación”, 1989, en Expreso, abril 22, Lima, p. 14.

“Nuevo alcalde de Lima es el ing. Piero Pierantoni”, 1980, en El Comercio, enero 2, Lima, p. 1.

“Obras y más obras: el regreso de Lima”, 1998, en Suplemento Señales de La República, enero 13, Lima, pp. 10-13.

“Ornato urbano”, 1986, en Expreso, octubre 4, Lima, p. 14.

Ruiz de Somocurcio, Jorge, 1999, “Sobre la recuperación del centro histórico de Lima”, en Universidad de Lima. Lima: gestión y ciudadanía. Lima, PRORRUA 1999, pp. 31-35.

“San Martín cabalga de nuevo”, 1997, en Caretas [versión electrónica], núm. 1463. Revisado el 25 de octubre de 2007, en <http://www.caretas.com.pe/1463/martin/martin.htm>

“Sigue el Parque Universitario”, 1997, en El Comercio, mayo 24, A-16.

Tamariz Lúcar, Domingo, 1997, Memorias de una pasión. La prensa peruana y sus protagonistas. T. I. Lima, Jaime Campodónico.

“Tiene nuevos inquilinos”, 1980, en El Comercio, noviembre 7, Lima, p. 1.

Fuentes secundarias

Basadre Grohmann, Jorge, 1980, Elecciones y centralismo en el Perú (apuntes para un esquema histórico), Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

_____, 2005 [1939], Historia de la República del Perú (1822-1933), T. 14, El Oncenio (1919-1930), Lima, El Comercio.

Bedoya, Ricardo, 1999, Imágenes del Cine en el Perú, Lima, Banco Central de Reserva del Perú.

Contreras, Carlos y Marcos Cueto, 2000 [1997], Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la Independencia hasta el presente, 2ª edición, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/ Red para la desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Águila, Alicia del, 1997, Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Dórich T., Luis, 1997, Al rescate de Lima: la evolución de Lima y sus planes de desarrollo urbano, Lima, SAGSA.

Elmore, Peter, 1993, Los muros invisibles. Lima y la modernidad en la novela del siglo XX, Lima, Mosca Azul Editores.

Granados, Miriam, 1997, Actores sociales de la ciudad: el caso de los vendedores ambulantes de Lima, Ginebra, Instituto Universitario de Estudios del Desarrollo.

Leguía Olivera, Enriqueta, 2007 [1935], Lima, 1919-1930: la Lima de Leguía, 2ª edición, Lima, Fundación Augusto B. Leguía, San Marcos.

Ludeña Urquiza, Wiley, 2003, "Piqueras urbanista en el Perú o la invención de una tradición", en Wuffarden, Luis Eduardo (ed), Manuel Piqueras Cotoí (1885-

1937). Arquitecto, escultor y urbanista entre España y el Perú, Lima, Museo de Arte de Lima, pp. 200-242.

Matos Mar, José, 2004 [1984], Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Ramón Joffré, Gabriel, 1999, La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX, Lima, SIDEA.

Vich, Víctor, 2001, El discurso de la calle. Los cómicos ambulantes y las tensiones de la modernidad en el Perú, Lima, Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.